Klaus Zimmermann (ed.)

Prácticas y políticas lingüísticas.

Nuevas variedades, normas, actitudes y perspectivas

NUEVOS HISPANISMOS

DIRECTOR

Julio Ortega (Brown University)

COMITÉ EDITORIAL

Anke Birkenmaier (Indiana University)
Beatriz Colombi (Universidad de Buenos Aires)
Cecilia García Huidobro (Universidad Diego Portales, Santiago de Chile)
Ángel Gómez Moreno (Universidad Complutense de Madrid)
Dieter Ingenschay (Humboldt Universität Berlin)
Efraín Kristal (University of California, Los Angeles)
Esperanza López Parada (Universidad Complutense de Madrid)
Rafael Olea Franco (El Colegio de México)
Fernando Rodríguez de la Flor (Universidad de Salamanca)
William Rowe (University of London)
Carmen Ruiz Barrionuevo (Universidad de Salamanca)
Victor Vich (Universidad Católica del Perú, Lima)
Edwin Williamson (Oxford University)

Dedicada a la producción crítica hispanista
a ambos lados del Atlántico, esta serie se propone:

- Acoger prioritariamente a la nueva promoción de hispanistas que, a comienzos del siglo XXI, hereda y renueva las tradiciones académicas y críticas, y empieza a forjar, gracias a su vocación dialógica, un horizonte disciplinario menos autoritario y más democrático.
- Favorecer el espacio plural e inclusivo de trabajos que, además de calidad analítica, documental y conceptual, demuestren voluntad innovadora y exploratoria.
- Proponer una biblioteca del pensar literario actual dedicada al ensayo reflexivo, las lenguas transfronterizas, los estudios interdisciplinarios y atlánticos, al debate y a la interpretación, donde una generación de relevo crítico despliegue su teoría y práctica de la lectura.

Klaus Zimmermann (ed.)

PRÁCTICAS Y POLÍTICAS
LINGÜÍSTICAS

NUEVAS VARIEDADES, NORMAS, ACTITUDES
Y PERSPECTIVAS

IBEROAMERICANA - VERVUERT - 2014

Derechos reservados

© Iberoamericana, 2014
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2014
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43

info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 978-84-8489-797-2 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-95487-344-9 (Vervuert)

Depósito Legal: M-28534-2014

Impreso en España

Diseño de cubierta: Carlos Zamora

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

ÍNDICE

PRÓLOGO de Klaus Zimmermann	9
-----------------------------------	---

I. NUEVOS HISPANISMOS - NUEVAS CONCEPCIONES. DEBATES IDEOLÓGICOS, CRÍTICAS Y PROPUESTAS

Bárbara Cifuentes / Celia Zamudio: <i>Nuevas voces y nuevas letras para un vocabulario hispano-mexicano (1844)</i>	15
Mauro Fernández Rodríguez: <i>El español frente al inglés en los discursos sobre la identidad filipina a la vuelta del siglo XIX</i>	49
José del Valle: <i>El lugar de las lenguas en las lenguas modernas. Hacia una nueva cartografía de la lingüística hispánica en EE. UU.</i>	81
Carlos Subirats Rüggeberg: <i>¿Qué hace una lengua como el español en una Academia como ésta? La institucionalización del atraso en la lingüística española</i>	105
Virginia Zavala: <i>Ideologías lingüísticas, autoridad y experticia en una comunidad de práctica: a propósito de una política lingüística a favor del quechua</i>	129

II. NUEVAS VARIEDADES (TECNOLECTOS, VARIEDADES ESTIGMATIZADAS Y CAMBIO DE ACTITUDES)

María Eugenia Vázquez Laslop: <i>Tradiciones e innovaciones jurídicas y textuales: codificación y descodificación en las leyes mexicanas de los siglos XIX al XXI</i>	167
Félix Rodríguez González: <i>El lenguaje de la droga en España</i>	205
Carmen Fernández Juncal / Carla Amorós Negre: <i>Polarización y tensión normativas: Actitudes hacia la norma prescrita en el español peninsular centro-septentrional</i>	231

**III. NUEVAS VARIEDADES EMERGENTES DEL
CONTACTO DE LENGUAS: HISPANIZACIÓN DE
LENGUAS COLONIZADAS E INDIGENISMOS
EN LA LENGUA CASTELLANA 257**

- Anna María Escobar:** *Los etnolectos y la difusión contrajerárquica:
nuevas normas en el español peruano 259*
- Lenka Zajícová:** *El jopara: la cara descubierta del guaraní paraguayo . 285*
- Laura Morgenthaler García:** *Nuevos arabismos en el español: una
revisión diacrónica y crítica a partir del siglo XIX 315*

**IV. EL PAPEL DE LA LENGUA CASTELLANA EN UN
MUNDO CAMBIANTE 339**

- Silvia Senz Bueno:** *Imaginar el Estado: el debate sobre el estatus de las
lenguas en la Cataluña independiente 341*
- Daniel M. Sáez Rivera:** *El Madrid plurilingüe y pluridialectal: nueva
realidad, nuevos enfoques 403*

SOBRE LOS AUTORES 441

EL LENGUAJE DE LA DROGA EN ESPAÑA

FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Universidad de Alicante

1. BREVE HISTORIA DEL CONSUMO DE DROGAS EN ESPAÑA

El consumo lúdico o recreativo de drogas, pese a estar socialmente estigmatizado y políticamente proscrito, es un fenómeno muy característico de nuestro tiempo. A su enorme impronta social se une una rica aportación a la vida del lenguaje. Examinar la introducción de su particular léxico y su rico argot en nuestro idioma inevitablemente requiere hacer un repaso, siquiera somero, de la historia de las drogas y subculturas marginales en nuestro país.

En realidad, la primera subcultura de drogas digna de tal nombre en España se abrió paso en los “felices años veinte” del siglo pasado, al compás de las restricciones que empezaron a imponerse en su consumo. Los narcóticos por excelencia en aquella época eran la cocaína y otras sustancias presentadas en forma de polvo (morfina, heroína), y sus usuarios principales pertenecían al llamado “mundo elegante”, relacionado con jóvenes a la moda, la bohemia y la marginalidad —que no marginación, y menos delincuencia—, y en el que entraban de lleno prostitutas y personas de comportamiento “ambiguo”. Entre ellos y sus vendedores callejeros —los “camellos” que entonces aparecen— surgió un argot críptico, tal como lo conocemos hoy, que sirvió de lazo de unión e instrumento de comunicación y autodefensa frente al acoso de las autoridades gubernativas y policiales (cf. Usó 1996: 84 y ss.). Parecía que la pasividad oficial frente a las drogas había terminado.

Pero en realidad, en la práctica, la famosa “lucha contra la droga” no se activa en España hasta finales del franquismo.

Después de las dos primeras décadas de la dictadura franquista, al amparo del desarrollismo español de los sesenta surgieron las primeras manifestaciones culturales relacionadas con la droga —lo que luego se conocería como “Rollo” (o “Rrollo”)— en torno al hachís y ligadas a ciertas subculturas juveniles que dieron a la droga valoraciones distintas. Según Romaní (1982; 1985; 1989), que ha examinado detenidamente esta cuestión, en primer lugar cabe citar el protagonismo de la subcultura “grifota” vinculada a los viajes y estancias de los legionarios en el norte de África. Las sustancias consumidas por este grupo social, perteneciente al lumpen proletariado, son predominantemente el kif o grifa —de ahí el nombre— y el alcohol, y su simbología adopta formas tradicionales y contenidos de tipo conformista.

De signo radicalmente opuesto es la subcultura etiquetada como *hippy*, aparecida a finales de los años sesenta y continuada a principios de los setenta, de cuya ideología participaron distintos grupos sociales entre los que se contaban los estudiantes desencantados y radicalizados que conectaron con la contracultura americana y europea, y los “*hippies de la gauche divine*”, compuestos por intelectuales y profesionales que, a diferencia de los otros, no rompieron con su vida anterior. De composición por tanto interclasista, la droga que sirvió de referencia e identificación a esta subcultura fue el hachís y la marihuana, juntamente con el ácido (o LSD). Las formas de su simbología eran “modernas” y “norteamericanas” y sus contenidos fueron contestatarios y causaron alarmismo social. En el recuerdo está la época de Timothy Leary y la Beat Generation en California con sus característicos “viajes” psicodélicos.

Después, a partir del 1972-1973, se produjo lo que podríamos llamar la expansión y popularización del uso del hachís, del conocido “porro”, al entrar a formar parte de una cierta moda cultural de la que participaron sectores cada vez más amplios y heterogéneos de la juventud.

A la contribución de la difusión de la droga y su léxico se debe también el papel desempeñado por otras manifestaciones culturales de signo *underground*, como los cómics, el cine, la literatura, y la música. Recordemos letras de canciones tan emblemáticas como “Lucy in the Sky with Diamonds” (cuyas iniciales coinciden con LSD), y revistas

contraculturales autóctonas como las barcelonesas *Star* y *Sal Común* donde se hacía uso del argot del momento. Hacia 1979, el hachís perdió su protagonismo en favor de la heroína, lo que sirvió para reforzar o recrear algunos estereotipos negativos de la juventud, y ello se debió tanto a los perniciosos efectos de esta droga como a la extracción social de sus usuarios, individuos marginados, muchos de ellos en situación de paro o procedentes del mundo del lumpen y la delincuencia. El relativo prestigio adquirido por el popular porro y las convencionalmente conocidas como “drogas blandas”, quedó diluido al abrirse el peligroso mundo de las “drogas duras”, la imagen del “pico” y del “yonqui” que confieren al toxicómano una connotación especialmente negativa. Películas como *Deprisa, deprisa*, y novelas como *La otra orilla de la droga*, de J. L. de Tomás García, galardonada con el Premio Nadal 1984¹, son un buen testimonio del submundo de la droga en esa época y de su nutrido léxico.

Finalmente, desde la década de 1980 hasta hoy, hay que destacar el éxito de la cocaína y los múltiples derivados sintéticos (“drogas de diseño”) que, al contrario que las anteriores, son asociadas con las clases más pudientes. Declaradas demasiado tarde igualmente nocivas para la salud, los euforizantes y desinhibitorios efectos de estas drogas en el campo de las relaciones sexuales y sociales les han conferido cierta aureola de prestigio, sin distinciones de edad. En los últimos años, al tiempo que la heroína perdía adeptos, las drogas sintéticas, con el éxtasis a la cabeza, han tenido un particular reclamo entre los jóvenes, especialmente en los ambientes donde se consume la música *techno* repetitiva y machacona conocida popularmente como *bakalao*, hasta el punto de que se conocen también como “drogas de baile”. Más recientemente —como ultimísima novedad—, hay que mencionar la imparable sucesión de nuevas drogas sintéticas —las denominadas “drogas emergentes”— que se fabrican clandestinamente y se pueden adquirir legalmente a través de Internet y que, como siempre que surge alguna novedad en este terreno, ya han causado cierta alarma social.

En el plano léxico, destaca su enorme caudal, su riqueza metafórica y su fuerza expansiva, y esto sucede lo mismo en español que en inglés

¹ La novela fue llevada al cine con la película *Cautivos de la sombra* (1992), del director madrileño Javier Elorrieta.

y otros muchos idiomas. La enormidad de su caudal léxico tiene mucho que ver con el desdén con el que la sociedad convencional recibe al consumidor de drogas, y sobre todo al toxicómano, que se ve así impulsado a incrementar su actividad lingüística, dando a su lenguaje un componente críptico digno de tener en cuenta. Liberado de inhibiciones sociales, se ve también libre para romper las ataduras impuestas por la lengua estándar. Aunque la creación lingüística es característica de todas las subculturas mencionadas, destaca en especial la asociada con el consumo de hachís y heroína, que alcanzaron una gran difusión en una época (la década de 1970 y 1980) dentro de un entorno social dominado por la marginación, como ya he señalado, y cuando la marginalidad se puso de moda en España coincidiendo con una etapa en la que la sociedad se liberaba del lastre del franquismo y se abría aún más al exterior. Se entiende así que la “explosión” del léxico de la droga corriera pareja con otras manifestaciones de la jerga marginal y juvenil, lo cual constituyó un hecho sin precedentes en la historia del léxico español contemporáneo (cf. Rodríguez 1989; 2002a).

2. CREACIÓN Y SOBRE-LEXICALIZACIÓN EN EL ÁMBITO DE LA DROGA

Después de este breve recorrido histórico, examinemos ahora algunos de sus aspectos más significativos.

Lo primero que llama la atención al examinar el léxico de la droga es la riqueza de sinónimos. Se produce lo que en términos de Halliday (1978: 165) se denomina una “relexicalización”, pero también una “sobrelexicalización” en torno a determinados conceptos clave, en este caso los más queridos o los más obsesivos para los usuarios de estas sustancias. Al cultista poco amigo de las voces jergales le sorprenderá la proliferación de términos para expresar nociones como “droga” (*flora, manteca, caca, mierda*), así como otros conceptos relacionados con ésta: el cigarro de hachís o marihuana, el popular *porro*, se ha venido llamando a la vez *cacharro, trompeta, canuto, varillo, cono, tipín, flai, mai, petardo* (y *peta*), *quiqui, yoi* (o *yoin*); la misma marihuana se conoce indistintamente como *yerba, rama, mata, maría*; una dosis de LSD es un *ajo*, una *lenteja* o un *trip*. El secretismo por un lado, y, por otro, el deseo de mostrarse vivaz e ingenioso en una especie de juego

verbal, hace que el campo onomasiológico se amplíe considerablemente, con un fluir de voces que se renuevan constantemente.

A pesar del carácter habitualmente efímero que acompaña a la mayoría de estas expresiones, lo normal es que varias de ellas permanezcan por un tiempo en el uso de las diversas subculturas. La elección de una variante entre varias en un momento dado, la estándar *droga* o las jergales *flora*, *madre*, *mierda*, *vicio*, *veneno*, pongamos por caso, puede reflejar el estado de ánimo del hablante, su visión del mundo, etc. Pero al mismo tiempo puede indicar la pertenencia a un grupo socio-cultural distinto, ya que no pocas veces los movimientos juveniles, por un afán de identificarse y de diferenciarse unos de otros, favorecen el uso de una determinada variante. Así sucedió por ejemplo con la voz *hierba*, asociada particularmente con el movimiento *hippy*.

Conviene advertir que parte de la sinonimia que pueda descubrirse en un diccionario de argot no lo es tal, pues a veces términos supuestamente sinónimos en realidad se refieren a variedades de un concepto con el que mantienen, pues, una relación de inclusión, hiponímica. El LSD, por ejemplo, recibe los nombres de *estrellita*, *gota*, *micropunto*, *pink floyd*, *secante*, *vulcano* (o *volcán*), pero solo el consumidor o el especialista en drogas sabrá ver en ellos distintos tipos de alucinógenos, dependiendo de su forma, color, estado (sólido o líquido), etc. De la misma manera para referirse a droga en general, al lado de los términos que antes mencioné (*flora*, *caca*, etc.), se registran otras formas como *marrocata*, *mandanga*, *goma*, *harina*, que en realidad son términos especializados que designan el tipo de droga (*mandanga* = marihuana; *mierda* = hachís) o algunas de sus características como la procedencia (*marrocata*), la calidad (*goma* es hachís de buena clase y *harina* es hachís de mala calidad).

No obstante, puede suponerse que con el tiempo la dificultad y confusión que este enjambre de términos produciría en el consumidor de drogas poco familiarizado con el "rollo" y, aún más, entre quienes no pertenecían a él, contribuiría a extender su significado originario, ofreciendo así nuevas posibilidades co-referenciales al discurso. Este estado de cosas se pone de manifiesto cuando se cotejan distintas ediciones o publicaciones de diccionarios de argot. Así, mientras en León (1984) *mandanga* es marihuana simplemente y *mierda* hachís, en Oliver (1985) significan lo mismo, pero con el añadido de droga en general.

En relación con las drogas de diseño, especialmente el éxtasis, un fenómeno curioso es la proliferación de voces jergales supuestamente creadas para referirse a modalidades diferentes, pero donde las más de las veces la única variación es la que se produce en la presentación del producto, cuyo logo o dibujo se renueva constantemente por razones comerciales conforme al capricho del fabricante o diseñador. Se trata por tanto de denominaciones que aparecen fugazmente en el mercado y, aunque ocasionalmente saltan a los medios de comunicación, su registro lexicográfico en forma de diccionarios pierde parte de su sentido.

Examinadas las relaciones semánticas que unen a algunos de los distintos términos de drogas, me centraré ahora en los principales medios lingüísticos de que se sirve el lenguaje para la creación de nuevas designaciones. En el terreno de la morfología, existen variados procedimientos aunque de tipo menor, como la abreviación por truncamiento (*maría* < *marihuana*, *choco* < *chocolate*, *coca* < *cocaína*, *hero* < *heroína*, *anfeta* < *anfetamina*) o a base de iniciales (*H* < *hachís*, *heroína*) y siglas (MDMA "éxtasis", MDEA), y deformaciones y juegos verbales obtenidos por reduplicación hipocorística (*tate* < *chocolate*), por ampliación de iniciales (*madama* < MDMA) y por inversión o metátesis silábica (*mogra* < *gramo*, *magra* < *gramma*), fenómeno muy singular conocido técnicamente como "vesre" (por inversión de "revés").

Ligado a la abreviación, aunque en un nivel cercano a la sintaxis, cabría considerar también la elipsis o elisión de algún elemento relevante en ciertas frases que expresan acciones verbales. En expresiones como *llevar/pillar/tener/quedar algo* (de droga), el término *droga* es peligroso y comprometedor, y por tanto se hace innecesaria su mención. Pocas veces lo utilizan los toxicómanos, tal vez se trate de una precaución internalizada, inconsciente. Se funde lo críptico y lo sobrentendido. El mismo sentido tiene utilizar en un sentido específico un término tan general como *hacérselo* ("pincharse") o *ponerse* ("embriagarse de droga"). El uso de un lenguaje alusivo en una mezcla de laconismo y humor es un rasgo característico del lenguaje juvenil.

El lenguaje alusivo cobra su mayor fuerza cuando pierde su naturaleza verbal. La comunicación por medio de gestos que sustituyen o acompañan a las palabras es un fenómeno muy característico en el mundo de la delincuencia, sobre todo dentro de la prisión. Así, existe un gesto para designar al toxicómano que se inyecta consistente en se-

ñalar con el dedo la vena del brazo donde se suele introducir la droga, haciendo el gesto de bombear, es decir, se aleja y aproxima el dedo, y todo ello acompañado de la expresión "va de aquí". Julia Sanmartín relata el caso de una reclusa que, al encontrarse por el pasillo con un hombre que le proponía relaciones sexuales, le dice: "Si no hay de aquí —haciendo el gesto mencionado—, no hay de ahí" (haciendo el gesto de esquiarse para aludir al acto sexual). Y Ricardo Morant (1992) menciona un gesto empleado para comprar cocaína en el lugar dedicado a esta actividad (bares, cafeterías, etc.) que consiste en frotarse suavemente la parte lateral de la nariz con el dedo índice, y que suele ir acompañado de la expresión: "¿Tienes algo?" (cf. Sanmartín 1998: 26-27).

Dejando al lado estos casos especiales, los métodos de creación lexical que resultan realmente productivos en el lenguaje de la droga son fundamentalmente dos: 1) el "cambio de significado", que opera sobre significantes autóctonos o patrimoniales que la lengua tiene ya a su disposición; y 2) el "préstamo léxico", mediante el cual el idioma adopta voces prestadas de otras lenguas con gran influencia (extranjerismos), fundamentalmente del inglés (anglicismos). Por su importancia para la lengua, y de modo particular para este léxico, merecen describirse con detalle.

2.1. Cambio de significado

Un recurso lexicogenésico muy propio de todo argot, y de todo antilenguaje, es la transferencia o cambio semántico, especialmente de tipo metafórico. No en vano, como observa Halliday (1978:175), la antisociedad es en su estructura una metáfora de la sociedad, de la misma manera que el antilenguaje es una metáfora de la lengua. Pues bien, en el léxico de la droga observaremos que numerosas palabras han sido objeto de una transposición semántica, de una metáfora. Por su naturaleza estos términos reflejan la tensión que opone a la antisociedad con la sociedad establecida. Se trata de conceptos tabuizados por el *establishment* y que sin embargo los distintos grupos marginales "*re-nombran*" con palabras inofensivas de la comunicación ordinaria extrayéndolas de sus contextos habituales, una observación que no escapó a Marcuse (1969: 41) a propósito de las palabras típicas de la contracultura *hippy* de los años sesenta, tales como *acid* "ácido" (= LSD), *trip* "viaje" (= dosis y efectos del LSD) y *grass* "hierba".

Desde una perspectiva semiótica esta *re*-contextualización de ítems léxicos no es muy diferente en su significado de la apropiación simbólica de objetos corrientes (flores, imperdibles, etc.) por parte de *hippies* y *punks*, respectivamente. Dicha transferencia de significado supone una ruptura con el universo lingüístico de la sociedad constituida, como efecto de una nueva sensibilidad que impele a construir un nuevo lenguaje para definir y comunicar sus nuevos valores. Las palabras —o los objetos— elegidas son ordinarias de acuerdo con el plan general de una desublimación de la cultura, que para los jóvenes más radicalizados es un aspecto vital de la liberación.

La desublimación del lenguaje no se detiene en las palabras ordinarias, sino que desciende hasta lo escatológico, como en el caso de *caca* (“droga”) y *mierda* (“hachís”). Conviene tener presente asimismo el carácter rupturista y subversivo de la filosofía que impregna el sentido de algunas de las metáforas que se suceden en esta habla. Parte de ellas ensuguida llaman la atención por acudir a referentes propios del reino vegetal (*rama, mata, flora, algodón, seta, perejil, lirio* son nombres de distintos tipos de droga) y animal (*camello o mula* —“traficante de droga”—, *caballo y burro* —“heroína”—, *mono y pavo* —“síndrome de abstinencia”—), evocadores todos ellos de un mundo ecológico, un retorno a la naturaleza, de un primitivismo en definitiva, que entronca con la filosofía que ha impregnado a determinadas subculturas americanas del siglo pasado, como la *beat, hipster y hippy* de las décadas de 1950 y 1960.

Algunas de las metáforas, como *madre y maná*, revelan una especie de sacralización y humanización de lo prohibido; para Umbral (1983: 38) la marihuana o *maría* tiene algo de dulce, hospitalario, inocuamente ensoñador, sedante, y más o menos estas mismas connotaciones femeninas podrían aplicarse a *madre* “droga”; marihuana se escribe también *marijuana*, y este juego con el significante es asimismo llamativo en inglés donde, además de *Mary* y *Maryjane*, se registran *Mary Warner, Maryanne, Juanita* (cf. Green 1986: 143).

La droga a menudo va asociada con otras actividades o inquietudes muy características del mundo juvenil, como la música y el sexo. Las tres forman una trilogía bien asentada y de ello da buena muestra el lenguaje, en el que cabe observar una serie de metáforas comunes o interrelacionadas.

La música y la droga se aúnan en *casete y estéreo*, dos instrumentos musicales que aluden a una acústica de diferente grado de compleji-

dad, se emplean también para designar distintas cantidades de hachís (uno y dos kilos respectivamente). *Bacalao* (o *bakalao*) es un tipo de música y de droga al mismo tiempo. *Pink floyd*, nombre de un conjunto musical muy del gusto de la juventud, es una variedad de LSD, con connotaciones, pues, muy agradables; pero también designa el pinchazo, esto es, la inyección de heroína u otra droga, tal vez debido al significado que *pink* tiene en inglés (“picar, calar apuñalar”, asociación en la que sin duda se ha visto ayudada por la morfología del término español *pinchazo*, con el que comparte un mismo segmento inicial².

Las referencias al sexo/amor y la droga son aún más extensas y llaman enseguida la atención: *picadero* es el sitio donde se “pica” el drogadicto pero también el “piso de soltero”; un *kiki* y un *caliqueño* son un “acto sexual”, pero sirven también para designar el “porro”; *vacilar* significa “ligar”, y también “hablar mucho y de modo continuado por el efecto de la droga”; *poner* significa “excitar sexualmente” y “drogarse”; *hacer ñaca ñaca*, *fumarse* a alguien, *poner una inyección* significan “follar” además de “drogarse”; y *fumeteo* al mismo tiempo alude a la “prostitución” y la “adicción a las drogas”. Idéntica significación doble se detecta en la construcción *hacérselo*, *meter*, *darse caña*. La voz *chingadera*, empleada como sinónimo ocasional de jeringuilla, se ha formado a partir del verbo *chingar* “follar” y evoca la sensación placentera que está en la base de la asociación. *Cilindrín* es un cigarro, pero, por su forma cilíndrica, también designa el pene. *Cuelgue* es el “estado de alelamiento” producido por la droga, pero también significa “enamoramiento”; igualmente, *estar pillado* significa “estar drogado”, expresión que se ha extendido al habla coloquial con el significado de “estar enamorado”; entre los jóvenes *pillar cacho* significa “ligar con éxito”, con alusión a una relación física tangible (“el cacho”), pero también tiene su correlato en el habla de los drogatas que lo emplean para referirse al acto de “pillar” (= conseguir) droga³. Tan variado y extenso número de correspondencias no es casual, el que haya un fluido trasvase de términos de un campo semántico a otro nos hace pensar en los fuertes vínculos entre dos mundos relacionados con la marginación, como son la droga y la prostitución. No en vano, son muchas las yonquis que acaban tra-

² También en inglés se emplea *high-fi* (< *high fidelity*) para referirse a la morfina y cocaína, y *jazz* para la heroína (Nash 1992).

³ Sobre el significado de los términos de referencia sexual, véase Rodríguez (2011).

bajando en el viejo oficio como el medio más seguro para procurarse su anhelada dosis diaria de heroína o cocaína⁴. De otra parte, y por encima de esta influencia, cabe considerar también las propiedades de fuerte atracción y enganche que para la persona tienen la droga y el amor.

Igualmente significativa es la relación entre violencia y droga, especialmente para el yonqui que se ve obligado a diario a la delincuencia para procurarse su dosis de droga. *Consuma(d)o* es el “producto o botín de un robo” y también el “hachís o droga que uno lleva encima”; *butrón* es el “agujero que hace un delincuente en la pared de una casa o un banco, para entrar a robar (o en la cárcel, para escapar)” y, por extensión, la “cicatriz resultante de los accesos provocados por los pinchazos de la jeringuilla al inyectarse el yonqui”; *picar* “pincharse” ya existía en el argot de la violencia con el significado de “hurtar”.

La penuria de dinero que acompaña al toxicómano y que acompañó en su día al pasota, tan importante y necesario para hacerse con la droga, su ansiado alimento, quedó asimismo reflejada en términos como *costo* (“hachís”⁵) y *manteca*, un sinónimo más de droga que en el argot general significa “dinero”.

A menudo la base de la analogía es simplemente el color; así, el color verde oscuro del hachís ha atraído metafóricamente la imagen de *chocolate* y *mierda*, términos con los que se le designa, y al blanco de la cocaína y la heroína se deben los sinónimos *algodón*, *azúcar*, *harina nieve*, *polvo blanco*, *talco*, *tiza*, y *blanca* (éste, técnicamente una sinécdoque).

Las metáforas que acabo de describir corresponden a nombres de drogas, pero también están las que afectan a verbos y adjetivos. Así por ejemplo, terminar un porro es *matarlo*, airear el lugar donde se ha estado fumando droga antes de que llegue la policía es *abanicar*; *estar enrollado* significa estar drogado con drogas blandas, y estar envuelto en un rollo, y *colgado* se dice del que está bajo los efectos de la droga, como flotante.

⁴ Según un reciente estudio realizado en la provincia de Alicante, el 70% de las mujeres que trabajan en la prostitución en la calle son consumidoras de drogas, y este nexo se da más entre las prostitutas más jóvenes (cit. en *Las Provincias. Alicante*, 24-2-2001, p. 7).

⁵ El término se ha tomado probablemente a partir de su significado de planta herbácea tropical (del latín *costum*, griego *kostos*), pero también puede haberse reforzado con el sentido de *coste* “importe, valor”, especialmente cuando se considera su abundante uso en contextos de venta de esta droga.

En ocasiones, toda una serie de metáforas gira conceptualmente en torno a una noción-eje, tal es la riqueza metafórica de este lenguaje. Un concepto verdaderamente prolífico es el de "viaje", esto es, el viaje psicodélico a través del cual se obtiene una nueva visión del mundo y que tanto fascina y caracteriza al *underground*. El que toma droga *vuela*, *viaja* o *hace un viaje*, y se convierte en un *viajante*; está *colocado* y sufre alucinaciones, *alucina*, pero lo que importa cuando está bajo sus efectos es *subir*, es decir, "ir en aumento el efecto de la droga", y sobre todo *espitar*, llegar a la cima, al punto de máxima velocidad, *espit* o *espid* —del inglés *speed*, "velocidad"⁶— o de máxima marcha o euforia; cuando se ha llegado, uno *está alto*, se siente *elevado*, en el momento de máximo goce. Después de la *subida*, el efecto producido tras el consumo de droga, viene la *bajada* o *bajón*, la fase final en la que disminuyen los efectos, y entonces uno *está bajo*. Importante al subir es no *pasarse*; el tan usual *te has pasado* se empezó aplicando a los que se pasaban en un viaje de ácido, perdiendo el control de la situación; también se usa en forma participial, *estar pasado*, "estar bajo los efectos de una dosis excesiva de droga". El que inicia un viaje por primera vez necesita un *guía* o *guru* que le guíe para no pasarse y evitar un *mal viaje*.

En determinadas circunstancias el viaje puede conducir al *muermo*, un malestar físico o mental, supongo que por analogía con el muermo, una enfermedad caballuna. Si uno no se recupera de los efectos de la droga *se queda colgado*, sin bajar del viaje, aunque, como ya se ha dicho, esta expresión se aplica también al que está simplemente bajo los efectos de la droga. *Pasarse*, sufrir el *muermo* o *quedarse colgado* supone un *mal rollo* y resulta *demasiado*. Igualmente sorprendente es el número de imágenes encadenadas que se producen en torno a la droga dura más conocida, la *heroína*. Esta droga opiácea, cuya misma etimología nos remite a una metáfora (del alemán *Heroin*, como se la llamó a finales del xix por considerarse un enérgico remedio para lograr la deshabituación), se conoce en el argot con el nombre de *caballo*, por traducción del inglés *horse*. Si el verdadero origen de *horse* no tiene que ver con la metáfora, como apuntan algunos etimólogos americanos, las asociaciones producidas por los efectos de la droga al menos han actua-

⁶ También se emplea *speed* en el sentido de "anfetamina".

do de refuerzo, como parecen recordárnoslo las metáforas animales generadas en el léxico español como sinónimos de *caballo*: *burro* y *burra*, *jaco* y *jaca*, *galope* y *trote*; además, la inyección se conoce como *coz*, la acción de ingerir o inhalar el caballo *cabalgar* y *caballearse*, y quien lo ingiere es un *caballista*.

Todo este cúmulo de metáforas y transposiciones de por sí constituyen un considerable aporte al léxico de la droga. Pero su efecto va más allá, pues la fuerza expansiva de este lenguaje es tal que muchas de sus voces extienden sus significados en múltiples direcciones y pasan al lenguaje coloquial, rebasando así el propio ámbito en que se originaron. *Muermo* por ejemplo, que, como decía, lo toma el drogata de una enfermedad caballar para expresar uno de sus malestares, lo devuelve a la conversación ordinaria con el sentido de "depresión, aburrimiento, tedio", y de ahí el sentido se extiende para significar tanto "individuo tedioso, aburrido, soso" como "situación, cosa o asunto enojoso, pesado o aburrido". Igualmente *pasarse* (en un viaje) se transformó en "excederse en lo que uno hace o dice", y lo mismo ocurre con los sustantivos *pasada* ("acción inmoderada, exceso o exageración") y *pasote* ("exceso, exageración"). Y *tener mono* conlleva tener fuertes deseos de ingerir la droga, pero también "sentir fuertes deseos de algo".

2.2. Préstamos léxicos

Además de sus propias metáforas y extensiones de significado, el léxico de las drogas se ha nutrido de palabras y expresiones ya existentes, pero procedentes de un código distinto al de su comunidad idiomática. Como en el pasado ocurría con el francés, la mayoría de estas voces proceden del inglés norteamericano, la variedad idiomática más extendida en nuestro horizonte cultural. Si esta influencia ya se observa en el argot y en la lengua en general, en la de la droga en particular destaca sobremanera debido a la fuerte impronta que han tenido las modas culturales procedentes de EE. UU. sobre la cultura (y contracultura) juvenil española, y el destacado papel desempeñado por la droga en la configuración de la tal cultura, que tuvo su mayor exponente en la época hippy a la que aludí más arriba.

Aunque la influencia del inglés fue clara en un principio con las drogas blandas y de carácter alucinógeno, tuvo su continuación con las llamadas duras y las de síntesis. Conviene recordar que buena parte

del narcotráfico tiene lugar en el área norteamericana, y, aunque la droga consumida en Norteamérica es mayormente de procedencia hispanoamericana, lo que produce cierta ósmosis entre el inglés y el español, es el inglés el que se erige en una especie de *lingua franca* para "correos" y narcotraficantes. Igualmente fuerte es el sello angloamericano de las drogas de diseño o síntesis, pues es en EE. UU. principalmente donde tiene lugar su fabricación, y, cuando no es así, como las preparadas en Ibiza, Holanda y otros lugares de Europa, las ventajas de su comercialización en inglés invitan a servirse de esta lengua para sus denominaciones, como si de productos foráneos se tratara, lo que por añadidura refuerza su prestigio.

La mayoría de los anglicismos encontrados en el léxico de la droga, como en cualquier otro campo, pertenecen a la categoría de los nombres o sustantivos, lo que se explica fácilmente por corresponder a nuevos objetos o materiales (drogas). Algunos gozan de un alto índice de frecuencia, como *trip* (LSD), *speed* (anfetamina), *crack* (base libre de cocaína), muy difundidos a través de los medios de comunicación. Otros, los más, son menos utilizados pero en su conjunto forman una larga lista, como lo demuestran los ejemplos espigados: *benny*, *blujeven*, *dex*, *cukis* o *cuquis*, *drope*, *esmac*, *esno* (< *snow*), *speed-ball* o *espi-dbol*, *pink floyd*, *popper*, *pot*, *sugar*, *brown sugar*, *Hong Kong rock*, *red point*, *red rock*. Al igual que el LSD, algunas de sus variedades llevan también nombres ingleses, como *orange*, de color naranja, que en inglés alude a una pastilla de anfetamina impregnada de LSD, *supermán* (o *superman*), *Esmail* (*Smile*), también llamada "Sol Sonriente", y *windoping* o *windope*, procedente del inglés *windowpane*.

A estas drogas de más o menos tradicional consumo podríamos añadir otras más recientes de fabricación sintética ("drogas de diseño"), como *ais* (< *ice*), *city*, *night*, *country*, *pil* (< *pill*), *rhapsody*, *death drug*, *euphoria*, *Spectrum*. Y las denominadas "drogas emergentes", como *Spice*, *legal highs*, donde abunda también esta terminología foránea.

El origen inglés de la mayoría de estos nombres, especialmente de los últimos mencionados, tienen su razón de ser en el hecho de que se trata de derivados de drogas que, en el momento de su aparición en territorio español, carecen de nombre alguno, adoptando de ese modo la denominación jergal o técnica que les llega de fuera. Caso muy diferente es, sin embargo, el de algunas claramente argóticas que designan

a la cocaína y heroína, como *lady*, *horse*, *guaijors* (< *white horse*), *Charlie*, *kiss*, todas ellas usadas en alternancia con voces castizas más populares. Asimismo, cabe citar otras con una referencia más general, como *espita* (< *speed*), sinónimo de droga, y *firqualiti* (< *first quality*), droga de buena calidad, y *overdose* o sobredosis, también utilizada en su forma truncada *over*.

La influencia inglesa se detecta igualmente en algunos sustitutos del popular porro o cigarrillo de hachís: *flai* o *flay*; *mai*, *may* o *mail*; y *joint* (más conocido por sus variantes *yoi*, *yoe*, *yoin*), del inglés *joint*, porro, pero que literalmente significa “común, colectivo” (adj.) y “juntura, unión” (n.), significado que parece conectar con el uso primitivo del término (porro compartido, o sea, tomado en compañía). El cigarrillo o porro de cocaína se conoce también por un nombre inglés, un préstamo “híbrido” para ser más exactos: *farloin*, por cruce de *farlopa* y el inglés *joint*.

Otro aspecto íntimamente relacionado con la droga es el de sus efectos. Con el nombre de *flash* o *flas* (< *flash* “destello, flash”) se denomina la sensación intensa y súbita de bienestar producida en el momento de inyectarse o de tomar un estimulante, que encuentra equivalente en las expresiones castizas *pelotazo*, *coz* y *subidón*. Efectos menos pronunciados pero de mayor duración son *flipe*, que designa el estado producido por la droga en general, y *trip* (o “viaje”), como se llama también a los efectos producidos por el LSD u otro alucinógeno.

De los protagonistas, o usuarios de la droga, cabe mencionar especialmente al *yonqui* (< *junky*, *junkie*, *junkey* [“heroínómano”, “toxicómano”], a su vez derivado de *junk* [droga dura, heroína; droga en general; lit. “basura, chatarra, porquería”). Aparte hay otros términos de menor uso como *draster* (< *drugster*), toxicómano o drogota en general, y *torki* (< *turkey*) y *monqui* (< *monkey*) para denominar al toxicómano con síndrome de abstinencia.

Otro campo, o subcampo, relacionado con las drogas es el del tráfico y distribución, de donde se ha tomado *bisnes* (o *bisni*, del inglés *business* “negocio”), con el significado de tráfico ilegal o trapicheo. Para designar el círculo de distribución de la droga generalmente se utiliza *connection*, más frecuente que la traducida de “conexión”; así se ha hablado de la “*french connection*” y la “*pizza connection*” (italiana). *Pusher* o *pucher*, y *díler* o *dealer* son los nombres que recibe el traficante que distribuye droga a los camellos o minoristas. También se emplea, con un sentido más general, *raner* (< *runner*). *Grupy* (o *grupi*), del inglés

groupie, originalmente designa la acompañante y admiradora de un "grupo" musical, pero, por extensión, también la chica del traficante.

Las acciones verbales expresadas con voces de raíz inglesa giran principalmente en torno al concepto de ingerir droga y sentir sus efectos: *dopar* o *doparse* significa drogar(se) en general; *tripar* y *tripear*, tomar un tripi o ácido; *fliparse*, drogarse, y estar bajo los efectos del ácido o hachís. Este último término procede del inglés *flip* "dar un ligero golpe, chasquear, dar un papirotazo", significado que guarda relación con la nueva acepción: "perder el control debido a los efectos de la droga". La ingestión de la droga puede llevarse a cabo de diversas maneras. Con los nombres *fix*, *fise* y *fish*, derivados del verbo inglés *fix* (lit. "fijar, sujetar, precisar"), y *flick* o *flic*, del inglés *flick* (lit. "golpear, chasquear"), se expresa la acción de inyectarse droga por vía intravenosa y también la dosis preparada para inyectar, el "pico". Más frecuente es el verbo *chutarse* (< *shoot*, lit. "disparar"; en argot médico "poner una inyección"), "inyectarse heroína u otras drogas", que alterna con sinónimos autóctonos como *picarse*, *pincharse*, *meterse un pico*, etc. Frecuente es asimismo *esnifar* (< *sniff*), "aspirar cocaína u otra droga en polvo por la nariz".

Otro grupo de derivados verbales se refiere a la acción de traficar: *bisnear* (llevar a cabo el *bisne* o trapicheo) es traficar, cerrar trato entre el traficante y el comprador, e, igualmente, *dilear* (llevar a cabo el *dilleo*, ejercer como *dealer*) es comerciar con droga.

El arraigo del inglés en el subsistema léxico de la droga no se mide solo por la "frecuencia léxica" a que da lugar, ni por la "frecuencia de utilización" de algunas voces, sino —y sobre todo— por la "frecuencia (léxica) derivativa", es decir, la serie de neologismos que a modo de racimos se obtienen a partir de las consideradas más frecuentes. Del sustantivo *trip* (que alterna con *tripin*): los verbos *tripar* y *tripear* ya vistos, y los adjetivos *tripante*, *triposo*; de *esnifar*: *esnifada*, *esnifadita*; de *speed* o *espid*: *espitar*, *espitoso*, *espídico*; de *pil*: *piloso*; de *freak*: *freakado* (también escrito *fricado*), *freaky* y *friqui*; de *doping*, en sí misma formada a partir del inglés *dope*, droga, que significa la acción de drogarse y droga, se ha derivado, como ya hemos visto, *dopar*(se), usado también en forma participial y adjetival, *dopado* o drogado y *dopante*. Por último citaré *flipar*, cuya frecuencia de uso se refleja en la larga serie obtenida: *flipado*, *flipe*, *flipante*, *flipador*, *flipota*, *flipero*, *flipeta*, *flipada*.

Para hacernos una idea de la influencia real del inglés en el argot de la droga daré algunos datos cuantitativos. En términos absolutos, el total de los anglicismos "patentes" citados en un estudio anterior (Rodríguez 1994a) fue de 84, cifra en la que están contabilizados 20 voces formadas por derivación, no así las numerosas variantes morfológicas u ortográficas registradas. Un recuento de los registrados en mi *Diccionario de la droga* (pendiente de publicación) arrojaría una cifra aún más llamativa.

Por su parte, García Ramos (1985: I, 22), dentro de su estudio sobre el lenguaje de la delincuencia en España, al estudiar el léxico relacionado con la droga, situó en un 25 % el total de anglicismos encontrados. El hecho cobra especial relieve si comparamos este porcentaje con el de los anglicismos hallados en el lenguaje de la delincuencia en general que, según este autor, ascienden al 5% (García Ramos 1985: II, 29).

La influencia inglesa en la terminología de las droga es mucho mayor que la aparente, pues hay voces o expresiones que no se reflejan en la morfología y que solo el especialista y buen conocedor de la lengua podrá percibir. La nómina de este tipo de formaciones es muy larga e incluye dos grandes subtipos claramente diferenciados. Por un lado, están las "extensiones" (Haugen) del significado de palabras ya existentes en español, pero que toman nuevas acepciones a partir de voces que parecen haberse registrado previamente en el inglés, y que al compararse en ambas lenguas resultan parónimas, o muy parecidas morfológicamente: *ácido* (< *acid*), *adicto* (< *addict*), *adicción* (< *addiction*), *arpón* (< *harpoon*), *barra* (< *bar*), *correo* (< *courier*), *dinamita* (< *dynamite*), *dosis* (< *dose*), *éxtasis* (< *ecstasy*), *espectro* (< *spectrum*), *euforia* (< *euphoria*), *pasado* (< *passed out*). Son, por tanto, anglicismos en cuanto al significado, de ahí el nombre de "anglicismos semánticos" con el que se los conoce.

Al lado de estos figuran otras expresiones igualmente numerosas donde la morfología es muy dispar y donde aparentemente el calco o traducción es más visible e intencionado (*cañería* < *sewer*, *nieve* < *snow*, *polvo* < *dust*, *secante* < *blotter*, *viaje* < *trip*), especialmente cuando se trata de formaciones compuestas (*estar alto* < *to be high*, *estar enganchedo a* < *to be hooked on*, *microdot* < *micropunto*, *sobredosis* < *overdose*, *triángulo de oro* < *golden triangle*), *drogas blandas* < *soft drugs*, *drogas duras* < *hard drugs*), etc. De una manera general se ha señalado la gran convergencia en formas de vida y de cultura como explicación

al creciente número de anglicismos y calcos que aparecen en todas las lenguas occidentales, una observación que, a la vista de los ejemplos aquí recogidos, se hace extensiva a otros modos culturales considerados menos nobles por la cultura oficial como son las subculturas marginales.

El postular la influencia de una lengua sobre otra, cualquiera que sea el tipo de anglicismo "no patente" de que se trate, encierra a veces problemas, ya que no siempre es fácil reconocer la dirección del recorrido. La dificultad surge cuando no existe constancia del tiempo que separa la creación de un término en una lengua y de su equivalente en otra, bien porque las fechas de documentación parecen muy aproximadas, bien porque los procesos semánticos figurativos (metonímicos o metafóricos) que sirven de base a la relexicalización presentan rasgos que permiten pensar en una motivación más universal. En tales circunstancias, los esfuerzos de rastreo etimológico deben ser redobladados, pero en dicha búsqueda no deben perderse de vista factores como la motivación y la naturaleza del lexema importado así como el contexto cultural en el que apareció. Así, por ejemplo, aunque *ácido* y *éxtasis* no ofrezcan gran distancia en la cronología de su nacimiento con respecto a los parónimos ingleses *acid* y *ecstasy*, la asociación del primero con la cultura psicodélica del *underground* americano de los sesenta y la del segundo con la del *acid house* permite suponerles un claro origen angloamericano. Son voces y modas, por tanto, con unos orígenes muy concretos, no demasiado lejanos en el tiempo, y que han sido notablemente difundidos por los medios de comunicación debido a sus implicaciones culturales. De *ecstasy* se sabe incluso que su acuñación tuvo lugar en un intento de su creador de conseguir una denominación popular con cierto gancho para un nombre tan técnico como el MDMA, tras algunas propuestas fallidas.

El problema se agrava con parónimos con una significación más general y que no son designaciones de drogas, al no existir una base para un criterio extralingüístico. En dicho caso, no cabe otro recurso que la investigación etimológica la cual puede ser más o menos ardua en función del momento de su introducción en la lengua. Rastreable es por ejemplo el curso seguido por *adicción* y *adicto* que, aunque están registrados en los diccionarios de nuestra lengua desde hace tiempo, su uso en referencia a la adicción a la droga es relativamente nuevo, mientras que en inglés los términos *addiction* y *addict*, con el significado

que se transfiera al español, se remontan a principios del siglo pasado. (cf. Teschner 1974; Rodríguez 1994a: 194)

Mucho más ardua puede significar sin embargo, a pesar de tratarse de innovaciones más recientes, la tarea de medir la distancia que separa en el tiempo al español *mover* y el inglés *move* (1974), "vender drogas, traficar con ellas", y el sustantivo *pase* y el inglés *pass* (1969), con el mismo significado de "venta de droga"⁷, para los que tal vez sea más difícil postular una dirección en el préstamo, y hasta la misma condición de préstamo, tanto por su datación aproximada como por el carácter superordinante o hiperonímico de la relación que mantiene con su significado, lo que da a la asociación semántica visos de cierta generalidad o universalidad. Tanto es así que pudiera pensarse que más que de préstamo se trata de un fenómeno de "poligénesis", es decir, que su creación ha tenido lugar de un modo independiente en ambos idiomas, sin influencias mutuas.

Muy diferente es el proceso etimológico de voces con un sentido jergal o argótico más específico y que comparten una misma morfología como *chocolate* y *cartel*. En *chocolate* ("hachís") la motivación es claramente metafórica y descansa en la analogía del color (marrón oscuro). No obstante la universalidad que cabe suponer en esta asociación, uno podría pensar en la influencia del inglés americano, dado que la fecha de su primera documentación, 1978, en Spears (1986), coincide con el furor de la cultura del "rollo" en España, que como es sabido fue un movimiento de un gran mimetismo con respecto al *underground* americano. Sin embargo, la fonética de la palabra, que en inglés americano se pronuncia a veces con pronunciación española, nos hace pensar que el origen ha podido ser muy diferente. Y en efecto, la voz se documenta en el caló mexicano-americano en 1955 y, aunque tiene únicamente el significado de opio, debido al color de esta droga en crudo (cf. Spears 1986), no sería difícil presuponer una extensión de su significado a partir de este uso.

Igualmente complicado y engañoso puede resultar otro ejemplo, la archiutilizada voz *cartel* con la que se designa al grupo mafioso dedicado a la droga, especialmente los de Colombia como el Cartel de Mede-

⁷ La misma dificultad parece presentar la pareja *línea* / ingl. *line* (1979), "dosis de cocaína o heroína para ser esnifada".

llín y el Cartel de Cali. Dado este particular uso en el español colombiano, uno estaría tentado a pensar que tal es su origen. Sin embargo, el término procede del inglés, en su uso económico y comercial (en el sentido de *trust*), que es el que se ha transferido al ámbito de la droga. Según Pratt (1980: 42, 162), el inglés norteamericano parece que tomó el vocablo directamente del alemán *Kartell* a través de inmigrantes alemanes que lo llevarían después del famoso *Kartell* de Bismark, allá por el año 1870. De esta forma, la voz *cartel* (ocasionalmente paroxítona y escrita *cártel* en español) nada tiene que ver con la castiza *cartel*, aunque las dos encuentran un mismo étimo último en el catalán *cartell*.

No faltan casos en los que, de un modo muy diferente, la traducción del término español y el inglés no se corresponden exactamente, es decir, no cabe una traducción literal y, sin embargo, parece muy verosímil la influencia. Así *manzanilla* y *tila* se emplean en el argot de la droga para referirse a la marihuana, y por esa razón podrían tomarse como "equivalentes culturales" de *tea* "té" (cf. Rodríguez 1994b), que desde 1930 se registra en inglés con ese significado. Hay que tener en cuenta que el *té* no es una bebida muy popular en España, de ahí que se haya podido inducir la traducción acudiendo a bebidas muy similares.

3. EL LÉXICO DE LA DROGA Y EL LENGUAJE COLOQUIAL ESPAÑOL

Uno de los fenómenos más llamativos e interesantes del lenguaje de la droga es la difusión e incorporación de algunas de sus expresiones más características al lenguaje coloquial general, rasgo este en el que la lengua española parece que destaca sobre la inglesa. Además, y esto es otra característica a subrayar, las connotaciones adquiridas por estos términos en nuestra lengua son de orden más positivo. Así *flipar* ("drogarse"), es el equivalente del inglés *flip out* o *flip*, que significa "perder el control por los efectos de la droga", y, por extensión, "perder el control". En español, sin embargo, a partir del significado de drogarse, el infinitivo ha desarrollado la acepción de "agradar mucho, cautivar, entusiasmar", "divertir" y "abstraer", y en correspondencia con este mismo sentido ha dado lugar a un adjetivo, *flipante* "que agrada", etc., y a un sustantivo, *flipe* "acción de flipar" (aparte de designar también el efecto, esto es, el sopor o estado producido por las drogas). El proceso figurativo en nuestra lengua, por tanto, ha sido en cierto

modo similar, pues la acción de "flipar" ha pasado a significar perder el control de la conciencia, solo que con efectos agradables, hasta el punto de quedar absorto y cautivado. El arraigo y la ductilidad de esta expresión es tal que se emplea como intensificador en el lenguaje ordinario dentro de una variedad de estructuras sintácticas: "yo (me) flipo trabajando allí", "el trabajo me flipa", "esta canción es un flipe", "el tío está flipado", "el ambiente era flipante"⁸.

Un desarrollo muy semejante en su semántica y en su sintaxis ha tenido en español la serie *alucinar*, *alucinante*, *alucine*. De significar "hallarse bajo los efectos de la droga" el verbo *alucinar* ha pasado a emplearse con el sentido de "asombrar, maravillar, deslumbrar", significado que se repite con el adjetivo *alucinante* —"impresionante, increíble"— y el sustantivo *alucine* —"deslumbramiento, asombro"—. Normalmente la referencia es positiva, sobre todo con el adjetivo *alucinante*, pero teóricamente es ambivalente, dado que el verbo *alucinar*, lo mismo que su parónimo inglés *hallucinate*, también se registra en la acepción antigua de "equivocarse". Ahora bien, fuera de este particular significado del verbo, por lo general se trata de expresiones portadoras de connotaciones favorables en la lengua coloquial y sin correspondencia paronímica en inglés.

Otro término que ha tenido un desarrollo coloquial en español, al menos dentro de los sociolectos juveniles, es *espitoso*, referido al que se halla bajo el efecto de la euforia de la droga. La frase *ir o estar espitoso* apunta al resultado de haber esnifado *espid* o algún otro estimulante. El origen es la palabra inglesa *speed* (velocidad), nombre aplicado a una poderosa droga estimulante (anfetamina) precisamente por sus efectos sobre el sistema nervioso. Por ejemplo, "los freaks espitosos". Con esta expresión se intenta mostrar cierto estado de inquietud, impaciencia, nerviosismo, taquicardia, etc., pues una persona que "está espitosa" no puede quedarse quieta. La expresión se aplica fuera del ámbito de la droga para hablar de una persona histérica o nerviosa. Pero también tie-

⁸ En francés el verbo *flipper* (intr. "delirar"), que también debe su origen al inglés, ha desarrollado un sentido translaticio en la lengua coloquial pero con un claro signo negativo: "sentirse decepcionado", que se repite también en otros miembros de la serie: *flippé* (adj.): "un poco loco"; "deprimido, decepcionado"; *flippant*: "desmoralizador, que causa pavor" ("C'est flippant") (Caradec 1989), *flippos* "quelle horreur!" (Walter 1984: 80: 84).

ne un sentido más positivo cuando se la toma como sinónimo de “mar-choso”. Con este sentido se emplea también la variante *espídico* (“es un tío espídico”), que en los últimos tiempos viene adquiriendo nuevos matices significativos (“eufórico”, “dinámico”...), al aplicarse a muy diferentes contextos (como cuando un periodista comenta que Cristiano Ronaldo estuvo “espídico en los prolegómenos” del partido)⁹.

Relacionado con los efectos de la droga está también el *mono* (síndrome de abstinencia), ya aludido, y que en sentido figurado se registra con la significación de “deseo intenso”, especialmente en la expresión coloquial *tener el mono de...* (“echar de menos”): “tiene un mono de radio”, “tiene un mono de grandezas”, etc. Sin olvidar *tener/traer mal rollo*, *estar de buen rollo* y (*ser*) *un puntazo*, convertidas hoy en coloquialismos de lo más frecuentes.

Finalmente citaré la voz *trip*, que ilustra en inglés también lo que decimos. De significar un “*high*” de una droga alucinógena, el LSD, ha pasado a referirse a la experiencia producida por la ingestión de la droga. Ahora bien, Spears recoge un segundo significado con una clara connotación negativa (“una mala experiencia con la droga”) que además es objeto de extensión al aplicarse a la lengua general para significar, simplemente, “una mala experiencia”. En español, sin embargo, la voz *trip*, lo mismo que *tripante*, *triposo*, *tripear* o *tripar*, se refiere únicamente al estado en que se mueve el que sufre los efectos del *trip*. La mayor parte de las veces estas expresiones son empleadas con un matiz humorístico, y raras veces salen del ámbito marginal o juvenil (“algún triposo”, “el estado triposo”, “vibraciones triposas”, etc.).

El carácter más positivo de las connotaciones que poseen algunos términos de droga en español, cuando se comparan con sus correspondientes en inglés y francés, tal y como he venido apuntando, no parece que sea un hecho casual. Si se examinan los distintos contextos socioculturales que le sirven de base, se observará por la parte española un hecho claramente diferenciador que ya adelanté al principio: el nacimiento o difusión de estas voces ha tenido lugar al calor de un movimiento juvenil y contracultural —“el *rollo*”— que ha gozado de simpatía entre un sector considerable de la población española en una

⁹ La documentación de esta y del resto de las expresiones citadas en este trabajo aparece recogida con detalle en mi *Diccionario de la droga*.

época, la dictadura, en la que la droga y su argot adquirieron una significación simbólica. El consumo de drogas (de las llamadas "blandas" sobre todo) conoció entonces un enorme auge y cierta permisividad y tolerancia por parte de la sociedad, e incluso del Estado (en los primeros años de gobierno socialista), que contrasta con la criminalización de que fue objeto posteriormente (sobre todo a partir de 1987) en consonancia con la política más represiva seguida por otros gobiernos, en especial la administración norteamericana (cf. Escohotado 1989: 332-338, Rodríguez 1994c: 151-153).

4. REFLEXIONES FINALES

A diferencia del lenguaje típicamente argótico que he venido comentando, en su vertiente técnica el lenguaje de la droga, como cualquier otra jerga, es semánticamente transparente, al menos en su origen, si se considera el propósito de los creadores de las designaciones que conforman buena parte de su terminología. No obstante, en rigor, el carácter especializado del vocabulario, extraído en muchos casos de campos tan alejados como la química y la farmacología, resulta de difícil acceso para el hombre de a pie, lo que explica el recurso a designaciones más populares, muchas de ellas revestidas de un carácter de argot, a resultas de lo cual se producen frecuentes variaciones. La variación se produce, esporádicamente, incluso dentro de la terminología técnica, donde, por una cuestión práctica, para evitar confusiones, siempre cabe esperar una mayor univocidad. Así, voces como *drogadicción/toxicomanía*, *drogadicto/toxicómano*, *narcótico/estupefaciente/droga/enteógeno*, etc., debido a los diferentes matices que encierran en sus connotaciones, son utilizadas de acuerdo con el registro o estilo empleado en el lenguaje, así como con determinados factores psico-sociolingüísticos relacionados con el hablante y/o escritor.

En las voces de argot propiamente dichas, ligadas especialmente con el plano oral del lenguaje, la variación es mucho más notable no solo sincrónicamente, sino también a lo largo del tiempo, debido a los distintos motivos que conducen a su creación o adopción (humorísticos y crípticos fundamentalmente), así como a la diversidad de grupos y microgrupos de sus usuarios, que exhiben niveles socioculturales más diferenciados. Las voces responden a un mayor número de recur-

sos neologizadores entre los que destacan el cambio de sentido y el cambio de código, mediante el empleo de anglicismos.

Las modificaciones de sentido de las palabras del discurso original, y de manera destacada su riqueza metafórica, es el mayor recurso que tiene el lenguaje juvenil, y el de la droga en particular, y se apoya en diferentes factores de orden sociocultural. De manera general, la creatividad del lenguaje juvenil se asocia con los estilos de vida de los jóvenes —que pueden incluir las drogas, pero como un elemento más—, donde *el juego*, en el sentido más amplio del término continúa siendo importante como un elemento de su socialización, y que en nuestras sociedades solo están sometidos al mercado, por el provecho económico que puede sacarle. Los estilos de vida juveniles se asocian de esta manera al mundo del ocio (son ellos, los jóvenes, los que tienen más tiempo libre), frente a instituciones como el trabajo, la familia u otras obligaciones que obligan a “madurar” a los adultos y a circunscribirse a formas expresivas más formales como parte de su integración a la vida adulta. (cf. Rodríguez 1989: 9-1; 2002b: 21; Romaní 1989; 80 y ss.). A ello se añade, en algunos casos, el afán contracultural y rupturista con el orden establecido de sus protagonistas. Con algunas drogas, particularmente las de tipo alucinógeno, cabe considerar también un elemento adicional —de orden psicológico y cultural, en el sentido antropológico del término— derivado de los propios efectos del consumo, pues éste genera múltiples asociaciones e imágenes en sus usuarios que en un estado de consciencia normal parecerían absurdas o inimaginables.

Los anglicismos crudos o directos, tan habituales en la lengua general, debido al prestigio que ejerce el inglés como *lingua franca*, son especialmente llamativos en el argot de la droga, dado el protagonismo ejercido por EE. UU. en el comercio mundial de la droga. También refuerzan la función críptica, tan unida a la esencia del argot. Y es que el argot, en tanto que lenguaje críptico, tiene su mejor caldo de cultivo en el ámbito del delito, de la delincuencia, y hoy día la delincuencia, en la mayor parte de los países avanzados del mundo, entre ellos España, está en gran manera ligada directa o indirectamente a la droga, con cotas que alcanzan casi las tres cuartas partes de la población reclusa (cf. Escohotado 1996: I, 18). Un motivo más para valorar la importancia de este lenguaje.

OBRAS CITADAS

- CARADEC, François (1989[1988]): *Dictionnaire du français argotique et populaire*. Paris: Larousse.
- ESCOHOTADO, Antonio [1989]: *Historia de las drogas*. 3.ª ed. revisada y ampliada (2.ª reimp., libro de bolsillo). Madrid: Alianza. 3 vols., (vol. I, 1996; vol. II, 1997; vol. III, 1995).
- GARCÍA RAMOS, Jesús (1985): "El drogata". En: *Policía (El lenguaje actual de los maleantes españoles*, I, informe monográfico n.º 8).
- GREEN, Jonathon (1986): *The Slang Thesaurus*. London: Elm Tree Books.
- HALLIDAY, Michael A. K. (1978): *Language as Social Semiotic*. London: E. Arnold.
- LEÓN, Víctor (1984[1980]): *Diccionario de argot español y lenguaje popular*. Madrid: Alianza.
- MARCUSE, Herbert (1969): *An Essay on Liberation*. London: Penguin.
- MORANT, Ricard (1992): "Sobre la traducción de antilenguajes". En: *Hispanorama*, 60, pp. 141-143.
- NASH, J. R. (1992): *Dictionary of Crime*. London: Headline.
- OLIVER, Juan M. (1985): *Diccionario de argot*. Madrid: Sena.
- PRATT, Chris (1980): *El anglicismo en el español peninsular contemporáneo*. Madrid: Gredos.
- RODRÍGUEZ, Félix (ed.) (1989): *Comunicación y lenguaje juvenil*. Madrid: Fundamentos; Alicante: Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert".
- (1994a): "Anglicismos en el argot de la droga". En: *Atlantis*, 16/1-2, pp. 179-216.
- (1994b): "English-Spanish Glossary of Drug-Related Slang". En: *Lebende Sprachen*, 39/3, pp. 123-124.
- (1994c): "Remarques sur les glissements de sens dans l'argot. À propos du langage de la drogue et les anglicismes en espagnol". En: *Cahiers de Lexicologie*, 64/1, pp. 147-154.
- (2002a): "Lenguaje y contracultura juvenil: anatomía de una generación". En: Rodríguez, Félix (ed.): *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, pp. 29-56.
- (2002b): (ed.) *Comunicación y cultura juvenil*. Barcelona: Ariel.
- (2011): *Diccionario del sexo y del erotismo*. Madrid: Alianza.

- ROMANÍ, Oriol (1982): *Droga i subcultura: una història cultural del "haix" a Barcelona (1960-1980)*. Tesis doctoral, Universitat de Barcelona (resumen publicado por Edicions Universitat de Barcelona, 1983).
- (1985): "La introducción de la droga en la cultura juvenil". En: *Revista de Estudios de Juventud*, 17, pp. 91-102.
- (1989): "Proceso de 'modernización', cultura juvenil y drogas". En: Rodríguez, Félix (ed.): *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, pp. 79-98.
- SANMARTÍN SÁEZ, Julia (1998): *Lenguaje y cultura marginal: El argot de la delincuencia*. Valencia: Universitat de València. (Cuadernos de Filología. Anejo; 25).
- SPEARS, Richard A. (1986): *The Slang and Jargon of Drugs and Drink*. Metuchen, N. J./London: The Scarecrow Press.
- TESCHNER, Richard V. (1974): "Adicto a droga(s), drogadicto, morfínmano or toxicómano?: Lexical Lag in the Fixing of a Standard Spanish Equivalent for English Drug Addict". En: *Hispania*, 57, pp. 310-312.
- UMBRAL, Francisco (1983): *Diccionario cheli*. Barcelona: Grijalbo.
- WALTER, Henriette (1984): "L'innovation lexicale chez les jeunes parisiens". En: *La Linguistique*, 20/2, pp. 69-84.